

El portal

Aldo Manríquez Montecinos



Capítulo 1

Es una simple silla de madera pero perteneció alguna vez al patriarca de la familia. Tiene unos tejidos de mimbre y un barnizado suave que destaca algunas zonas de su estructura. Siempre está en el mismo sector de aquella casa abandonada, le llega un rayo de sol que se mete entremedio de las cortinas que muy pocas veces se abren. Todos se fueron de la casa vieja. Todos hicieron su vida y se olvidaron de la de otros. Cuenta la historia que don Gregorio murió sentado en esa silla de madera, con los ojos abiertos de par en par y con una extraña sonrisa dibujada en su rostro. Lo encontraron ahí, petrificado, sin vida. Hacía un tiempo ya que su mujer Clementina había fallecido. Él siguió adelante como pudo, se enfrentó a la soledad y una que otra ingrata compañía de vez en cuando.

Luego de la muerte de su mujer don Gregorio no hizo más que pensar. A sus 85 años ya qué podía esperar de la vida. Pensó en todo el tiempo que invirtieron (perdieron) junto a su mujer criando a una manada de hijos(as) que finalmente los abandonaron a su suerte. Ni siquiera un llamado se dejaba caer para preguntar por la salud de la tierna Clementina. “¿Cuántos años cocinando para estos zánganos para que no le den siquiera una muestra de cariño?” – Pensaba don Gregorio. Después del funeral de Clementina don Gregorio no volvió a abrir jamás su boca, prolongó el minuto de silencio hasta el final de sus días. Creía que ya no tenía sentido comunicarse con el mundo, “¿para qué?, todos finalmente son unos ingratos”.

En su memoria revivió los hermosos años de amor que pasó junto a Clementina, antes de tener al primero de 5 hijos seguidos que tuvieron. “¡Tanto desgaste que sufrió la pobre Clementina! ¿Quién nos mandó a tener tantos críos?”. Cuando fueron padres del primer niño, estaban felices, esos tiempos no se borran, ni los recuerdos maravillosos, “¡Qué lástima como mutan los años al final de la vida!” – Pensaba don Gregorio. Cada mañana siguió adelante con su vida después de la muerte de su esposa, escuchaba aquellos discos que le gustaban a ambos y esbozaba una sonrisa al recordar las locuras de Clementina. “¡Ahhh! ¡Cuánta alegría le brindaba a este lugar! – Pensaba don Gregorio, “incluso en sus últimos días no dejaba de entregar felicidad, no me perdonaría jamás que me echase a morir” - reflexionó el anciano. Luego de despertar en la más absoluta soledad cada día, don Gregorio se dignaba a cocinar uno de los 5 platos que aprendió a realizar gracias a Clementina. “Me enseñó por sobre todas las cosas a sobrevivir esta mujer” pensaba para sí mismo don Gregorio y sonreía mientras revolvía la salsa blanca que tanto les gustaba comer junto a su esposa.

Nunca fue necesario que lo fuera a visitar alguno de sus 5 hijos. No los necesitó ni fueron un pilar fundamental nunca en su vida. Algunas veces en las noches acompañado de una copa de vino don Gregorio dejaba caer

lágrimas de pena alegre por Clementina. ¡Ella era el motor de su existencia! ¡Su eterno gran amor!. No había abrazo que pudiera consolarlo en esos momentos, sólo el desahogo del llanto y la memoria hermosa de la sonrisa de Clementina mirándolo a los ojos, pronunciándole un te amo mientras lo besaba tiernamente en el rostro. “¡Cuánto extraño esas caricias!” – se lamentaba don Gregorio en el más absoluto silencio.

Un día fue a visitarlo Marcelo su hijo mayor, tenía 55 años y era uno de los que más se había preocupado por don Gregorio luego de la muerte de su madre. Le llevaba siempre frutas y algunos de los ingredientes que don Gregorio utilizaba para cocinar los 5 platos que él preparaba. También le ayudaba con las cuentas de la casa y con el orden del lugar. Siempre terminaban discutiendo porque Marcelo criticaba todo lo que don Gregorio hacía o dejaba de hacer. Marcelo no entendía que de alguna manera a su padre se le había secado el corazón. Fueron 55 años de casados más 5 años de relación previa junto a Clementina, que se habían desvanecido por culpa de la muerte. Ya la vida no tenía sentido, por más nietos que tuviera la escena se volvió gris y sin sentido para él. Marcelo le gritaba que era un egoísta y don Gregorio sólo lo miraba fijo a los ojos tratando de darle a entender todo lo que pensaba y sentía por él. No iba a romper el silencio sagrado que había mantenido, ni siquiera por su hijo. De esta manera esas discusiones ponían siempre fin a las visitas.

Clementina en sus últimos días se sentaba en la silla de don Gregorio. La sacaba al jardín de la casa y reposaba después del almuerzo mientras los rayos del sol le acariciaban el rostro. Disfrutaba esos pequeños momentos de la vida y de alguna manera empezó a despedirse de todo lo que alguna vez le causó algún instante de felicidad. Se despidió del sol, de sus plantas, de los caseros de la feria, del cielo, del vino, de los días jueves que siempre le encantaron, etc. Trató de brindarles su amor a cada cosa que tocaba antes de partir de este mundo. A Gregorio le preparó un día antes de morir una succulenta cazuela de vacuno que lo dejó postrado en el sillón del hogar por aproximadamente 2 horas. “Guatita llena, corazón contento” – Pensaba Clementina mientras veía a Gregorio feliz de la vida reposando después de almorzar. Por su parte don Gregorio siempre al terminar la merienda le daba las gracias a su esposa y luego finiquitaba con un beso en la frente de mucha paz. Esa misma tarde Clementina sacó la silla de Gregorio al jardín y se sentó un poco exhausta en ella. Sintió como su corazón casi ya no podía palpar más. Clementina no era una mujer enfermiza, de hecho a sus 78 años sólo se había enfermado 3 veces en su vida, lamentablemente su corazón le estaba fallando y sentía unas fuertes puntadas en el pecho que le hacían temblar todo su cuerpo. Esa tarde fue fatal. Tras el ocaso de aquella tarde Clementina empezó a sufrir una arritmia en los latidos de su corazón que rápidamente derivó en una taquicardia, acompañada de unas letales puntadas en el pecho. Don Gregorio se despertó con los gritos de Clementina y la socorrió rápidamente. Llamó a la ambulancia de urgencias y se la llevaron rápidamente al hospital. Don Gregorio no podía creer lo que estaba

pasando. Todo tan repentinamente, después de una tarde hermosa y tranquila. Internaron a Clementina a las 20 Hrs. Y hasta las 22:30 Hrs. Don Gregorio aún no tenía ninguna noticia de su esposa. De pronto al final del pasillo comienza a ver una silueta blanca acercándose a él. Era el Dr. Salazar que le comentó que Clementina luchó con todas sus fuerzas en estas 2 horas y media que llevaba internada y que se encontraba un poco mejor, pero que probablemente no pasaría de esta noche. Don Gregorio al escuchar esto se congeló, fue un balde de agua fría. El sólo pensar en el hecho de que Clementina falleciera lo paralizaba, no podía ni siquiera concebir la idea. El Dr. Salazar añadió: "Clementina quiere verlo, lo mandó a llamar con las pocas fuerzas que le quedaban".

Don Gregorio pensó en todas las formas posibles de vida que hubiera podido tener junto a Clementina. Imaginó una vida de reyes y lujos, luego visualizó a Clementina espantada porque hubiera gente sirviéndola a ella. "Yo no soy ninguna inútil, prepararé mis propias comidas" – escuchaba su tono de voz claramente decir eso en su cabeza y se reía de sólo imaginarlo. Clementina era feliz con lo poco que tenía. Recordó que nunca quiso una vida ostentosa y esa simpleza en sus ojos y en su sonrisa gentil fue lo que lo había enamorado locamente. Sabía que podía bañarse libremente en esos ojos puros, libres de maldad. Sabía que podía ser feliz cada día de su vida con tan sólo contemplar esa risa que a él tanto lo enamoraba. "¿Qué otra vida pude haberle dado, si ella me lo dio todo? No quiero que se apague esa luz, ¡Me niego a aceptarlo!. Todo esto lo pensaba Gregorio mientras caminaba por el pasillo que lo dirigía hacia donde estaba Clementina. Veía una fuerte luz al final del pasillo, ya había pasado algo más de tiempo, se desorientó y la fuerte luz lo obnubiló por un segundo. Tomó la manilla de la puerta y la abrió, aún un poco cegado por la luz pudo ver un alboroto, mucha agitación alrededor de la camilla donde se encontraba Clementina. Escuchaba órdenes de algún doctor y el ruido constante de una máquina que al parecer marcaba los latidos del corazón de su amada. Gregorio intentó acercarse un poco, a paso lento, para lograr entender algo de lo que estaba pasando. Pudo ver el rostro cansado de Clementina por un segundo. La estaban reanimando con golpes de corriente en el pecho. El corazón de Clementina ya no podía más. Los pitidos de la máquina cada vez se hacían más intensos y rápidos. Gregorio comienza a recobrar la conciencia y logra acercarse un poco más a Clementina. Los doctores preguntan: "¿Quién es este hombre?". Gregorio toma la mano de Clementina suavemente. Clementina se repone súbitamente y susurra: "Es mi amado, mi bello Gregorio" le regala una última mirada y sonrisa que a Gregorio pareciera que le recorrieron el cuerpo completo y le llegaron directo al alma y se desvaneció. Ahí, frente a sus ojos, con una mirada fija vio cómo se apagaron los ojos que él amó toda su vida. El ruido de la máquina contó 6 latidos más luego de haber partido Clementina.

Don Gregorio se despierta. Mira para el lado de su cama y siente el aroma de Clementina, su dulce aroma. Sonríe, es feliz porque ha llegado el

momento. Se desnuda completamente y se dirige raudo hacia la ducha. ¡Qué agradable sensación! – piensa mientras está bajo el chorro de agua de la llave teléfono. Termina su ducha, se seca tranquilamente su cuerpo y se perfuma. Tiene preparado un traje de gala elegante, un corbatín negro, sus mejores zapatos lustradísimos, relucientes. Se peinó como todo un artista de cine. Luego se hizo unos huevos revueltos en su paila preferida, le tenía hasta nombre: La chascona. Él sabe que está mucho más viejo, pero no le importa porque es feliz. El sol ya comenzaba a iluminarlo todo, era un día radiante. Se escuchaba el cantar de alguno que otro pajarillo. Luego de desayunar esperó un poco y se fue a lavar los dientes. Miró su reflejo en el espejo del baño y pensó “Estoy perfecto”. Salió del baño y puso el disco favorito de ambos “Glenn Miller 1945 Álbum”. Dejó corriendo el disco y sacó un paquete de cigarrillos que tenía guardado para la ocasión. Fumó tranquilamente mientras esperaba pacientemente el momento. Las horas comenzaron a pasar rápidamente. El disco dio varias vueltas. Hacían 6 años que había fallecido Clementina. El momento estaba cerca, el recuerdo de su amada siempre lo acompañó. Así que este hombre nunca supo de soledad, aun estando solo. Gregorio tomó la silla de madera y la instaló en un lugar de la casa, se sentó en ella y comenzó a sentir una extraña sensación. Miles de emociones comenzaron a inundarlo, su corazón palpitaba mucho más fuerte pero con ritmo lento. Empezó a recordar todos los instantes maravillosos que pasó junto a Clementina. No podía soportar tanta emoción, tanta dicha, soltó una risotada aguda a ver si de alguna manera podía aliviar esta grata e intensa emoción que lo controlaba. El disco seguía andando y en el track número 6 comenzó a sonar “Moonlight Serenade”, eso fue suficiente para su corazón. Don Gregorio abrió los ojos un momento y vió a Clementina frente a él. Le sonrió y le dijo con tono dulce: “Vamos viejito, te estaba esperando amor”. Don Gregorio abrió los ojos inmensamente y le sonrió de vuelta. Estiró su brazo, tomó su mano y en ese momento Don Gregorio marchó de este mundo experimentando la felicidad máxima.